

ISSN 0567-6002

ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

B
O
L
E
T
I
N

45

Lima
2008



METÁFORA Y POLISEMIA
MÉTAPHORE ET POLYSEMIE
METHAPHOR AND POLYSEMICS

Luis Fernando Lara
El Colegio de México y El Colegio Nacional

Resumen:

El presente artículo trata de la distinción entre *palabra* y *vocablo* desde una perspectiva lingüística siguiendo la terminología de Charles Muller. Mientras la palabra esta sometida a los avatares del uso, a las constricciones y también extensiones del discurso, del habla en el sentido saussureano, el vocablo tiene significado biunívoco con su significante, lo que es propio de la lengua tenida en sentido abstracto.

Los vocablos constituyen las entradas del diccionario en que todos los estratos semánticos (perceptual, social, cultural y técnico) se armonizan para dar unidad de significado principal a su significante, incorporando como genuinos a él esos tropos (catacresis, metonimia, sinécdoque, metáfora) que según la tradición clásica son contrariamente obstáculos, más que beneficios, para el verdadero conocimiento de las palabras del idioma.

Résumé:

Le présent article traite de la distinction entre *mot* et *vocable* d'un point de vue linguistique, selon la terminologie de Charles Muller. Tandis que le mot est soumis aux avatars de l'usage, aux constrictions, ainsi qu'aux extensions du discours, de la parole, au sens saussurien, le vocable possède un signifié biunivoque avec son signifiant, propre à la langue, au sens abstrait.

Les vocables constituent les entrées du dictionnaire dans lesquelles s'harmonisent toutes les strates sémantiques (perceptuel, social, culturel et technique) afin d'unir le signifié principal à son signifiant, en y incorporant, de manière authentique, ces figures (catachrèse, métonymie, synecdoque, métaphore) qui, selon la tradition classique, représentent, au contraire, plus d'obstacles que d'avantages, pour la véritable connaissance des mots de la langue.

Abstract:

Following Charles Muller's terminology, a distinction is made between words and terms. Whereas the word is determined by usage, and undergoes constrictions, and extensions becoming to the parole, the term relates biunivocally to its significant, something proper to the langue. Terms and the dictionary's entries in which all semantic strata (be them perceptual, social, cultural or technological) are joined to give unity of meaning to its significant incorporating to it some of the figures which classic tradition has considered obstacles rather than assets to the true knowledge of the words.

Palabras clave:

Metáfora; polisemia; palabra; término

Mots clés:

Métaphore; polysémie; mot; terme

Key words:

Metaphor; polysemics; word; term

La convención teminológica de Charles Muller¹ a la cual me adhiero, que distingue el *vocablo* de la *palabra*, por más que sea muy conveniente y aclaradora desde el punto de vista metodológico, no es todavía una convención común, por lo cual he de comenzar recordándola: *la palabra*

¹ En *Étude de statistique lexicale*, Paris, 1967, pp. 15-20. Cf. también mi *Curso de lexicología*, sobre la definición de la unidad *palabra* y la abstracción del *vocablo*.

es una unidad del habla; el vocablo es una unidad de la lengua. El vocablo es en relación con la palabra la unidad canónica de representación en el léxico (campo de la lexicología) y en el diccionario (campo de la lexicografía) de todas las formas flexionadas, conjugadas o declinadas que adquiere una unidad de denominación, definida fonológica, morfológica y —en el caso de las lenguas que tiene sistema de escritura— escrituralmente, cada una de las cuales constituye una *palabra* en el habla. Así por ejemplo, *niño*, *niños*, *niñitos*, *niña*, etc. son cada una *palabras*, que por convención se consideran formas del vocablo *niño*² y constituyen miembros de su paradigma.

Puesto que la palabra es un fenómeno del habla, su aparición en el discurso o en el texto es generalmente monosémica, es decir, tiene un solo significado. Digo que generalmente porque en el chiste y en el juego de palabras, el efecto humorístico se produce precisamente porque juegan con más de uno de los significados del vocablo³. Así por ejemplo, en México, un letrero en la parte trasera de un camión decía: “Cambio mi llanta nueva por tu vieja”. Aquí la palabra *vieja* no es monosémica sino polisémica: es un adjetivo calificativo de *llanta*, que entra en oposición con *nueva* y significa lo usado de la llanta, y es a la vez un sustantivo mediante el cual se significa a la esposa de quien lea el letrero. Sigmund Freud, en su conocido estudio *El chiste y su relación con el inconsciente* (Alianza editorial, Madrid, 1969, p. 32) cuenta que “uno de los primeros actos de Napoleón III al asumir el poder fue la confiscación de los bienes de la casa de Orleans, acto que dio origen a un excelente juego de palabras: *C'est le premier vol de l'aigle*”. *Vol* es polisémico, por lo que la oración, tomada con ingenuidad y en una primera monosemización, quiere decir “es el primer vuelo del águila”; después, tomando el segundo significado de *vol*, que quiere decir ‘robo’, se entiende “es el primer robo ... ¡del águila!”. No basta aquí con el conocimiento del francés, sino que hay que saber un poco de historia para comprender en plenitud el juego de palabras: a Napoleón I

² Esta convención procede de la lexicografía y no de la lexicología, y se ha fijado históricamente en español y en muchas otras lenguas de características morfológicas semejantes.

³ O en el discurso vago o ambiguo, logrado consciente (como en el de muchos políticos) o inconscientemente.

le llamaban *Aigle* ‘águila’, como lo atestigua el *Trésor de la Langue Française* (s.v.), que cita las *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand: “Napoléon avait déjà pris son vol” [‘ya había remontado su vuelo’], para hablar del ascenso al poder de Napoleón. *Aigle* es un apodo de Napoleón, reasignado a Napoleón III, que nombra al águila como viejo símbolo de poder, por lo que el juego de palabras, en su segunda monosemización significa: “es el primer robo del emperador (Napoleón III)”. De ahí la conveniencia de la distinción entre *palabra* y *vocablo*, tanto para la lexicología como para la lexicografía: el vocablo *vol* es polisémico, no la palabra, que en cada interpretación es monosémica.

La interpretación rígida de la teoría del signo saussureana, manifiesta en la llamada “correlación de consustancialidad cuantitativa” propuesta por Klaus Heger⁴, afirma que a todo significante de un signo corresponde un solo significado y a todo significado un solo significante. De seguir esa interpretación el resultado será la imposibilidad de comprender el fenómeno, no evidente para todos, pero claramente efectivo, de la polisemia, pues es imposible aceptar que un signo tenga más de un significado. Eso llevó a Heger a proponer que la relación de consustancialidad cuantitativa sólo puede darse en el habla, en un discurso determinado (que no sea chiste o juego de palabras). Para resolver teóricamente el problema de la polisemia en relación con la teoría saussureana, Heger elaboró su llamado “modelo del trapecio”, por el cual la polisemia de un vocablo —por él llamado *signema*⁵— se explica en la lengua, en la parte superior de su “trapecio”⁶. De esa manera la teoría saussureana conserva plenamente su valor para comprender y teorizar el signo lingüístico.

No es necesario adherirse a la interpretación rígida de la teoría saussureana del signo. Basta entenderla de otra manera, no en términos

⁴ En “Las bases metodológicas de la onomasiología y de la clasificación por conceptos” § 1.2, pp.4-5, incluido en *Teoría semántica II, Hacia una semántica moderna*, Trad. José Luis Rivarola, Alcalá, Madrid, 1974.

⁵ Heger tenía razones de método para preferir hablar de signema y no de vocablo. Cf. *ibid.*, n.30, p. 150.

⁶ En “La semántica y la dicoromía de lengua y habla”. § 2.3, pp.157 y ss., incluido en *Teoría semántica II*.

de consustancialidad entre significante y significado, sino como el modo en que Saussure argumentó la necesidad de reconocer el carácter lingüístico inmanente del signo, por el cual el significado tiene un espesor significativo complejo y propio de cada lengua y el significante no es un mero vehículo material de la referencia, es decir, el signo no es una simple etiqueta de la cosa a la que refiere. En esta interpretación la polisemia no entra en conflicto con la solidaridad entre significado y significante, pues esa solidaridad existe para cada uno de los significados del vocablo.

Sin embargo, la idea de que un signo sólo puede tener un solo significado es la más común para todo ser humano que reflexiona espontáneamente acerca de su propia lengua. Pues lo que parece ser evidente para cualquier persona es que los vocablos son, ante todo, nombres de cosas y como cada cosa es distinta de las demás, entonces cada nombre debe corresponder a una sola cosa y no a varias. Es decir que lo común es considerar las lenguas como grandes nomenclaturas: los árboles tienen cada uno su nombre; los insectos, los pueblos, las pasiones, las transacciones comerciales, cada uno se clasifica y recibe un nombre. Esa concepción nomenclaturista supone que los vocablos corresponden uno a uno a los objetos de conocimiento; es decir que *árbol* es el nombre del árbol, de la clase de los árboles y de cualquier ente que pueda formar parte de esa clase; casi se diría que *árbol* es el “nombre propio” de los árboles; *cabeza* es el nombre de la cabeza humana, de cada cabeza humana, etc.; *pato* es el nombre del pato, de todo pato; *discutir* es el nombre de una acción en que dos o más personas confrontan sus ideas acerca de algo y sólo de esa acción; *rojo* es el nombre de un color que caracteriza a la sangre o cualquier otro objeto que tenga la misma propiedad de color que la sangre; *ayer* es el nombre del día anterior al de hoy, de cualquier día que anteceda a uno como el de hoy, etc. Cuando se comprueba en el uso ordinario de la lengua que *árbol* también nombra un esquema de líneas que se ramifican (un árbol genealógico, el árbol de Porfirio, un árbol chomskyano), que *cabeza* también nombra el vehículo anterior de un convoy, que *pato* es un recipiente dotado de un cuello largo para recibir la orina de un enfermo cuando está acostado, que *discutir* es también poner en duda la acción o el dicho de alguien, que *rojo* es un comunista y que *ayer* nombra a todo el pasado, surge la necesidad de distinguir unos significados de otros, pues esa polisemia se juzga como peligrosamente ambigua, en cuanto da al traste con la nomenclatura y, en consecuencia, enturbia la manifestación de la verdad.

En la búsqueda de esa univocidad la tradición cultural de Occidente ha creado un mito, que consiste en suponer que hubo una vez, en la aurora de la humanidad, en que de veras cada cosa tenía su nombre, por lo que cada nombre era verdadero de la cosa y, en consecuencia, era imposible nombrar de la misma manera dos cosas diferentes: el mito de la lengua de Adán o lengua primigenia. Para explicar la “pérdida” de la univocidad hubo que acudir, o bien a un olvido de las generaciones posteriores (idea con la que juega Sócrates en el diálogo de *Cratilo*) o bien a una corrupción o mal uso de la lengua, o a la excepcionalidad de la licencia poética.

Un efecto más de ese mito ha sido: en lógica, la creación de una “*characteristica universalis*” por Leibniz, un lenguaje unívoco formado por elementos representativos de los objetos de conocimiento, mediante cuya combinación debería ser posible articular proposiciones siempre verdaderas acerca de esos objetos; la distinción entre *denotación* —lo deseable en toda lengua— y *connotación* —el aura de significado que enturbia la denotación; el lenguaje que podríamos llamar “atómico” de Bertrand Russell; o el esfuerzo de Richard Montague por hacer del inglés un lenguaje formal en su famoso artículo “English as a Formal Language” (1974). En lingüística, la creencia de que es posible elaborar un lenguaje algebraico que permita una descripción semántica unívoca, desde Hans Jørgen Uldall (1957) en su *Outline of Glossematics* y en la primera semántica de Bernard Pottier⁷, hasta el lenguaje formal de Igor Melchuk (1982), en *Towards a Language for Linguistics: a System of formal Notions for theoretical Morphology* y el de Anna Wierzbicka en *Semantics. Primes and Universals* (1996) o la idea de un “metalenguaje controlado” para la definición lexicográfica, que encontramos en María Moliner y varios lexicógrafos contemporáneos⁸.

Pero si bien estas últimas observaciones tienen su importancia, pues delatan un problema serio de comprensión de las funciones y necesidades

⁷ En *Recherches sur l'analyse sémantique en linguistique et en traduction mécanique*, Publications linguistiques de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Nancy, 1963.

⁸ Acerca de estas propuestas véase al respecto mi artículo “Metalenguaje y lenguaje descriptivo”, incluido en *Ensayos de teoría semántica, lengua natural y lenguajes científicos*, El Colegio de México, México, 2001.

de los lenguajes científicos y en particular del de la lingüística, sólo las he introducido para apuntalar mi interpretación de ese mítico ideal de univocidad de las lenguas.

Pues la consecuencia de esa manera de entender la lengua que interesa ahora es la idea de que debe haber un *significado propio* de los vocablos, que es aquel que, o bien forma parte de la naturaleza de los objetos que *representa*⁹ —el significado etimológico, entendido como la conocida *physei* de Platón— o bien, al menos, es el más apropiado para significar un objeto, de acuerdo con su naturaleza: el *significado recto*.

Como sabemos, la “teoría de los tropos”¹⁰ formaba parte de la retórica y la gramática clásica y se dedicaba a la exposición de los medios con que se podía componer un discurso (la *lexis* de Aristóteles); hoy, decantada y prescindible, se nos presenta como una mera clasificación de los instrumentos de significación a disposición, sobre todo, del discurso poético. Dumarsais, uno de los más importantes tratadistas de la retórica en el siglo XVIII, definía los tropos como “des figures par lesquelles on fait prendre à un mot une signification qui n’est pas précisément la signification propre de ce mot” [figuras por las cuales se hace que una palabra tome un significado que no es precisamente el significado propio de esa palabra]¹¹ y

⁹ La idea de que los vocablos *representan* objetos merece un estudio en profundidad, que discuta lo que se ha querido decir, desde la Antigüedad, con *representación*. A partir de la teoría del signo saussureana hay que decir que los vocablos *significan* objetos, para reconocer el espesor y la complejidad de la *significación*.

¹⁰ Como lo señala Ricoeur en *La métaphore vive* (Seuil, París, 1975, 1er. Estudio, p. 13), la retórica aristotélica constaba de una teoría de la argumentación, de una teoría de la elocución y de una teoría de la composición del discurso (de la que formaban parte los tropos); pero a partir del siglo XVII se redujo a este último componente y la teoría de los tropos se convirtió en la prescindible clasificación de las figuras de dición y de pensamiento. Dice Ricoeur: “La rhétorique mourut lorsque le goût de classer les figures eut entièrement supplanté le sens philosophique qui animait le vaste empire rhétorique”. San Isidoro de Sevilla, copiando a Casiodoro y Cicerón, definía todavía la retórica a la manera aristotélica, como “la ciencia del bien decir en los asuntos civiles, con los recursos de la elocuencia propios para persuadir lo justo y lo bueno.” (*Etimologías*, Libro II, 1, p. 363).

¹¹ En *Des tropes ou de différents sens, figure et vingt autres articles de l’Encyclopédie, suivi de l’Abregé des tropes de l’abbé Ducros*, Presentation et notes de Françoise Douay-Soublin, Critiques, Flammarion, 1988, París. (Art. IV, p. 69). Todas las traducciones son mías.

correspondían a “*manières de parler éloignées de celles qui sont naturelles et ordinaires: que ce sont de certains tours et de certaines façons de s’exprimer, qui s’éloignent en quelque chose de la manière commune et simple de parler*” [maneras de hablar alejadas de aquellas que son naturales y ordinarias: son ciertos giros y ciertas maneras de expresarse, que se alejan en alguna forma de la manera común y simple de hablar] (Ch. I, Art. I, p. 63). Entre los tropos, las llamadas *figuras de pensamiento* y en particular la *catacresis*, la *metonimia*, la *sinécdoque* y la *metáfora* tienen importancia para la lexicología contemporánea, por cuanto han venido determinando la comprensión de la polisemia y su tratamiento en los diccionarios.

Por *catacresis* se entiende la utilización de una palabra para nombrar algo que no dispone de su propio nombre; tal utilización puede ser, según la teoría clásica, *por extensión* o *por imitación*. Así, en *aterrizar en Marte*, *desembarcar de un avión*, tendríamos dos casos de catacresis por extensión: *aterrizar* y *desembarcar*, pues como no dejan de señalarlo algunos hablantes, en Marte no se toma Tierra (por eso hoy se prefiere decir *alunizar* en la Luna y se llegará a decir *amartizar*), y sólo se desembarca de los barcos, no de los aviones; son ejemplos de catacresis por imitación los nombres que se utilizan en los aeropuertos españoles y mexicanos para nombrar los túneles que comunican el edificio del aeropuerto con la puerta del avión, *dedo* y *gusano*, respectivamente.

Por *metonimia* se entiende la transposición de una palabra para nombrar algo que tiene relación con su significado propio: *pergamino*, por ejemplo, para nombrar el material de escritura a partir de su origen: de Pérgamo, ciudad de Asia Menor en que se usó por primera vez; lo mismo diríamos de *tequila*, la bebida que se originó en el pueblo de Tequila, en Jalisco, México; en *café*, el nombre de la bebida se traslada al lugar público en que se consume; *laurel* se transpone para nombrar la gloria o la fama.

Es difícil distinguir los casos de metonimia de los de *sinécdoque* en los que, por ejemplo, de la parte de algo se traslada el nombre al todo o viceversa: *cabeza* para nombrar a una persona, el *etro* por el reinado, *Bruselas* por el gobierno de la Unión Europea, *germano* para nombrar al alemán, etc.

Por último, la *metáfora* se define desde Aristóteles más o menos de la misma manera: “La métaphore est le transport à une chose d’un nom qui en désigne une autre, transport ou du genre à l’espèce, ou de l’espèce au genre ou de l’espèce à l’espèce ou d’après le rapport d’analogie.” [la metáfora es el transporte a una cosa de un nombre que designa a otra, transporte del género a la especie, o de la especie al género o de la especie a la especie o según una relación de analogía] (*Poétique*, 1457 b 6-9. Apud Ricoeur, 1er. Estudio, p. 19); Dumarsais es menos específico, pero su definición corresponde mejor a lo que entendemos ahora: “une figure para laquelle on transporte, pour ainsi dire, la signification propre d’un mot à une autre signification qui ne lui convient qu’en vertu d’une comparaison qui est dans l’esprit” [una figura por la cual se transporta, por así decirlo, la significación propia de una palabra a otra significación que no le conviene más que en virtud de una comparación que está en el espíritu] (Art. X, p. 135).

Como se ve, las cuatro figuras de pensamiento consideradas se definen como fenómenos de la palabra y en las cuatro lo que priva es una comprensión nomenclaturista del signo. En efecto, en todos los ejemplos ofrecidos, lo que se altera es el significado de las palabras, dando por resultado la imposibilidad de la univocidad entre palabra y objeto significado y, consecuentemente, la aparición de la polisemia. Incluso ese fenómeno es más obvio si tomamos en cuenta los vocablos especializados de las ciencias o de las técnicas: *ratón*, por ejemplo, nombra hoy también al dispositivo periférico de un equipo de cómputo que controla el cursor en la pantalla y algunos comandos frecuentes; es difícil decidir si se trata de una catacresis por imitación o de una metáfora; *agujero negro* nombra, en cosmología, una concentración máxima de materia en el universo; si consideramos que el nombre se debe a la apariencia de vacío en un radiotelescopio, será quizá también una catacresis; pero si tomamos en cuenta que es el nombre de un fenómeno totalmente nuevo, incomparable con otra cosa, parece más una metáfora. Es decir que la palabra es la que concentra el cambio de significado. Por eso Paul Ricoeur, sin duda el más profundo de los pensadores modernos afirma: “c’est le mot qui, dans le discours, assure la fonction d’identité sémantique: c’est cette identité que la métaphore altère” [es la palabra la que, en el discurso,

asegura la función de identidad semántica; es esta identidad lo que altera la metáfora] (Prefacio, p.9).

La teoría de las figuras de pensamiento que nos ha llegado a nuestros días es por eso, aunque se haya formulado originalmente como un catálogo de artificios posibles de la composición del discurso, ante todo una clasificación de fenómenos del significado de la palabra, que se puede resumir, siguiendo a Ricoeur, en los siguientes postulados: a) los nombres pertenecen propiamente a ciertas clases de cosas; la metáfora es, por eso, impropia o figurada; b) el uso de tropos obedece a la existencia de "lagunas" en el léxico, que el tropo ayuda a llenar; c) esas lagunas se llenan con préstamos de otras palabras, que alteran sus significados; d) todo préstamo es un desvío; e) el préstamo, en su sentido figurado, sustituye a una palabra ausente por preferencia, no necesariamente; f) el tropo no enseña nada, es sólo decorativo¹².

Si confrontamos estos postulados tropológicos con el método tradicional de la definición lexicográfica vemos cómo son ellos los que organizan su concepción del significado del vocablo en dos aspectos centrales: el de la distinción entre el significado principal, que se considera *propio* o *recto*, y los secundarios, que son *figurados* o, a veces, *por extensión*; y el de la atribución de órdenes de acepciones externos al significado, resultante de la confusión que produce la primera distinción. La versión de 2001 del *Diccionario* de la Academia Española, por ejemplo, sigue marcando con un número dos todas las acepciones siguientes a la principal, que no se marca (aunque muchas veces continúa la secuencia numérica sin dar explicaciones); distingue primero las acepciones secundarias que no tienen marca de las que sí la llevan y, entre éstas, ofrece primero las que tienen marca de nivel de lengua, después las técnicas, las geográficas, dialectales o provinciales y las cronológicas. Agreguemos a ello el orden alfabético en que se introducen las locuciones en el cuerpo del artículo. Es decir, todos los significados impropios o figurados y las locuciones se clasifican con un criterio externo al de su significado, lo que revela una falta constitutiva de una adecuada teoría del signo.

¹² Simplifico la lista de postulados de la tropología elaborada por Ricoeur, 2º. Estudio, pp. 65-66.

Pero como dije antes, la “teoría de los tropos” es también una clasificación de fenómenos del significado de la palabra que hay que poder explicar en una teoría del signo, pues no solamente ayuda a comprender el funcionamiento del léxico en relación con el sistema lingüístico y con su referencia a la experiencia de la vida, sino que también ayuda a mejorar el método lexicográfico.

Para hacerlo hay que comenzar por reconocer que la unidad *palabra* es el pivote de la formación del sentido, por cuanto es con ella, con su capacidad para referir a la experiencia de la vida y para conformar un significado inteligible para los hablantes de una lengua, como se construye la predicación y se da sentido al discurso.

Hay que distinguir, en consecuencia, dos funciones de la palabra a partir de su significado: la de *referencia* a la experiencia de la vida y la de *sentido* del discurso que se construye con ella. Desde el punto de vista de la función referencial de la palabra, es decir, de la relación entre la palabra y una experiencia determinada de la vida, es el significado el que establece los rasgos que resultan significativamente pertinentes para reconocer los objetos de la experiencia vital, ya sean cosas, acciones, sensaciones o sentimientos, sobre la base de la memoria colectiva de la comunidad lingüística; dicho de una manera casi agustiniana, la palabra es signo de los objetos de la experiencia, que los hace presentes a la atención humana. Desde el punto de vista del sentido del discurso del que la palabra forma parte, es ésta la que ofrece el significado a propósito del cual se predica algo.

Para explicar cómo refiere la palabra a la experiencia he propuesto en mi *Curso de lexicología* y en *Ensayos de teoría semántica* la existencia de cuatro estratos de formación del significado: uno *perceptual*, en que se forman esquemas, *gestalten* o *prototipos* de objetos de la experiencia sensorial; uno *social*, en que esos esquemas o prototipos se sustancian con una selección de rasgos pertinentes a la inteligibilidad históricamente elaborada por la comunidad lingüística, que dan lugar a *estereotipos*; uno específicamente *cultural*, construido por la valoración de las distinciones hechas en el estrato anterior, orientadas por la lengua culta o literaria (el *bon usage* y el *bel usage* tan caros a Dumarsais y la cultura francesa); y uno *científico*

o *técnico*, en que el significado se precisa con un objetivo designativo orientado por el ideal de univocidad que requiere toda comunicación precisa, que se someta a pruebas de verdad.

Por ejemplo, si el roedor casero se reconoce perceptualmente por su reducido tamaño, su cuerpo oblongo y un tanto jorobado, y una cola larga, dando lugar a la formación de una *gestalt* o prototipo del ratón, la palabra *ratón* también se podrá utilizar para todo objeto que comparta esas características, como el dispositivo periférico de la computadora del que hablé antes¹³. Del mismo modo se puede explicar, por la forma que tiene, por su prototipo, el significado de ‘recipiente dotado de un cuello largo para recibir la orina de un enfermo cuando está acostado’ del vocablo *pato*.

En francés, *canard* —que en principio corresponde a *pato*— según el diccionario *Lexis* de Larousse, se ha de dividir en tres homónimos, de los cuales el primero tiene tres acepciones; es decir, hay tres vocablos que a su vez tienen varios significados:

“*canard* ¹ 1) Volatile palmipède, élevé en basse-cour ou vivant à l’état sauvage... 2) Sorte de récipient fermé, pourvu d’un long bec, dont on se sert pour donner à boire aux malades couchés. 3) Fam. Terme d’amitié... 4) Morceau de sucre plongé dans le café, un alcool... [1) Ave palmípeda, criada en corral o que vive en estado salvaje... 2) Especie de recipiente cerrado, provisto de un largo pico, mediante el cual se da de beber a los enfermos cuando están acostados. 3) Término de amistad... 4) Pedazo de azúcar puesto en el café, un licor ...]

¹³ Dumarsais, como probablemente muchos antes de él y sus contemporáneos, notaba el carácter cognoscitivo de las figuras de pensamiento: “On dit communément que les figures sont des manières de parler éloignées de celles qui sont naturelles et ordinaires: que ce sont de certains tours et de certains façons de s’exprimer, qui s’éloignent en quelque chose de la manière commune et simple de parler ... Bien loin que les figures soient des manières de parler éloignées de celles qui sont naturelles et ordinaires, il n’y a rien de si naturel, de si ordinaire et de si commun que les figures dans le langage des hommes” (Ch.I, Art. 1, p. 62).

canard² ... 1) Fam. et péjor. Fausse nouvelle... 2) Fam. Journal... [1), Noticia falsa... 2) Periódico...]

canard³ ... Fausse note d'un chanteur ou d'un instrument à vent"
[Nota falsa de un cantante o de un instrumento de viento...]

*Canard*¹ en su primera acepción corresponde aproximadamente a *pato* en español; su segunda acepción se basa en el estrato del prototipo —el reconocimiento de un esquema perceptual—, aunque en francés nombra un recipiente para dar de beber a los enfermos, cuya correspondencia en español, si la hay, la desconozco; se sustancia, en consecuencia, en el estrato del estereotipo, que tiene un carácter inmanente a la lengua francesa. Lo mismo se puede decir de su cuarta acepción, en la que el prototipo del pato que se zambulle en el agua permite comprender la introducción de un terrón de azúcar en un líquido y construir un significado más de *canard* (Vale la pena observar que, cuando el significado se forma a partir de un prototipo, comprenderlo y traducirlo en cualquier lengua nos resulta relativamente fácil).

Si buscamos una correspondencia equivalente en español vemos que sólo la primera acepción de *canard*¹ significa lo mismo que *pato* del español. Las demás acepciones en las dos lenguas se conforman al interior de sus culturas. Para la primera acepción de *canard*² en español de México decimos *borrego* (*lanzar un borrego* quiere decir 'poner en circulación una noticia falsa') y para *canard*³ decimos *gallo* (*echar alguien un gallo* es 'desafinar'). Tanto *canard*² como *borrego* y *gallo* en las acepciones consideradas, forman parte del estrato cultural del significado. Omitiré ejemplos del cuarto estrato, de la formación del significado científico y técnico, para no volver este artículo demasiado largo.

La referencia a la experiencia de la vida, en consecuencia, no se hace directamente, atribuyendo un vehículo material, sonoro o gráfico, a los objetos de la experiencia o a su "idea", sino mediante una compleja construcción cognoscitivo-cultural del significado de la palabra.

Es también evidente que la construcción de significados de estos vocablos toma como punto de partida un significado principal, que es lo

que la teoría de los tropos consideraba *propio*, *recto* o *literal*. En la concepción nomenclaturista, *ratón*, *pato*, *borrego* o *gallo* nombran *propriadamente* a esos seres de la naturaleza e incluso podrían provenir, o bien de la naturaleza misma de estos seres, o bien de un estado inicial de las dos lenguas. Para toda lingüística científica y para toda lexicografía lingüísticamente sustentada, tal suposición no tiene sentido. Por el contrario y siguiendo a Aristóteles, hay que reconocer que el punto de partida, socialmente establecido como principio de inteligibilidad, es el significado corriente u ordinario (*kurion*), que Ricoeur explica como “celui dont se sert chacun de nous” [aquel del que se sirve cada uno de nosotros] (*Poétique*, 1457 b 3, apud. Ricoeur, ler. Estudio, p. 27, n.2). Según Ricoeur, Aristóteles no habla de “propio” porque éste corresponde a uno de los predicables: propio, definición, especie y accidente. “Qu’un nom appartienne en propre c’est-à-dire essentiellement, à une idée, cela n’est pas nécessairement impliqué par l’idée d’usage courant.” [Que un nombre pertenezca propriadamente, es decir, esencialmente, a una idea, no está necesariamente implicado en la idea de uso corriente]¹⁴.

Es muy importante resaltar esa diferencia entre significado propio y corriente u ordinario. Dumarsais observa, a propósito del vocablo latino *gemma*, que Cicerón, Quintiliano y varios más le atribuían como significado propio ‘piedra preciosa’, por lo que el significado ‘brote, yema o cogollo’ de la viña resultaba un significado metafórico, “por préstamo y por metáfora” de ‘piedra preciosa’. Por el contrario, dice Dumarsais, los etimólogos afirman que es exactamente al revés: el primer significado es el de los campesinos, ‘brote, yema, cogollo’, y el segundo el de quienes pueden adquirir piedras preciosas (Art. VII, II, p. 78)¹⁵. Cicerón y los

¹⁴ Ricoeur (3er. Estudio, p. 102) cita la opinión de LA. Richards (el coautor del famoso “triángulo de Orden y Richards”) respecto a la “superstición del significado propio”: “La croyance que les mots possèdent une signification qui leur serait propre est un reste de sorcellerie, le résidu de la ‘théorie magique des noms’”.

¹⁵ Según Françoise Douay-Soublin, editora del tratado de Dumarsais, “dans la définition fondamentale de Dumarsais —le sens propre d’un mot, c’est la *première signification du mot*— il me paraît inexact d’enrendre *première* dans le sens étymologique...; *première signification* chez Dumarsais est à prendre d’abord dans le sens philosophique de signification dans l’ordre physique que lui prêtent ses postulats sur l’origine et la

demás tratadistas daban por significado propio el que les resultaba más común. Sólo un ideal diccionario etimológico-histórico podría proponer, con seriedad, un primer significado históricamente demostrado como significado principal.

Pero decir “significado común u ordinario” también puede resultar vago, pues cada quien tiene una idea propia de lo común u ordinario. El principal defecto del *Diccionario de uso del español*, de María Moliner, consiste precisamente en que en muchos de sus artículos (no en la mayoría, en los que se apega a los órdenes de acepciones de la Academia) se deja llevar por una apreciación personal de “lo más común o usual”. Lo ordinario o común es un hecho social, que requiere una gran cantidad de datos procedentes de la observación del uso del vocabulario para poderse determinar. Cuando se trata de diccionarios de una lengua de cultura, como el español, es la lengua culta, producto de la valoración histórica del léxico, la que guía y determina el significado principal. Quizá eso quiera decir *significado literal*¹⁶.

Resulta entonces que los procesos metafóricos que actúan sobre la palabra no son acontecimientos desviados o meros adornos de la expresión, como lo sostiene la teoría de los tropos, sino fenómenos constitutivos de la capacidad que tienen las lenguas para “trabajar sobre lo inexpresable hasta que se pueda expresar”, como lo decía Louis Hjelmslev en sus *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Lo que revelan las figuras de pensamiento, sobre todo la metáfora, son procesos cognoscitivos, cuya complejidad supera las clasificaciones tradicionales. Ya Dumarsais mismo lo intuía: “On dit communément que les figures sont des manières de parler éloignées de celles qui sont naturelles et ordinaires: que ce sont de certains tours et de certains façons de s’exprimer, qui s’éloignent en quelque chose de la manière commune et simple de parler ... Bien loin que les figures soient

généalogie des idées” (n. 26, p. 247). Es decir que Dumarsais partía de una teoría sensualista, a la manera de Condillac y Locke, del signo, que tiene una lejana concordancia con mi propuesta del estrato perceptual.

¹⁶ Observa Ricoeur (3er. Estudio, p. 103) que “certes, la pratique des bons auteurs tend à fixer les mots dans des valeurs d’usage. Cette fixation par l’usage est sans doute à l’origine de la croyance fausse que les mots ont un sens, possèdent leur sens.”

des manières de parler éloignées de celles qui sont naturelles et ordinaires, il n'y a rien de si naturel, de si ordinaire et de si commun que les figures dans le langage des hommes" [Se dice comúnmente que las figuras son maneras de hablar alejadas de aquéllas que son naturales y ordinarias: que son ciertos giros y ciertas formas de explicarse que se alejan en algo de la manera común y simple de hablar. ... Lejos de que las figuras sean maneras de hablar alejadas de aquéllas que son naturales y ordinarias, no hay nada más natural, más ordinario y más común que las figuras en el lenguaje de los hombres] (Ch. I, Art I, p. 62).

La polisemia se crea al *precipitarse* los resultados de esos procesos metafóricos en la memoria colectiva de una comunidad lingüística, a partir de un significado principal que preside los significados reunidos en el vocablo. De allí que la polisemia sea un producto, en tanto que los procesos metafóricos son acciones individuales, cuyo éxito depende del grado de inteligibilidad que ofrezcan a los miembros de la sociedad.

Como consecuencia de la teoría de la construcción del significado que he venido argumentando y del reconocimiento de que hay un significado principal culturalmente establecido (de duración tan limitada como se produzcan cambios en la cultura), se puede proponer que el orden de acepciones, que en el artículo lexicográfico manifiesta la polisemia del vocablo, tenga un carácter que permita al lector elaborar para sí mismo una interpretación cognoscitiva del conjunto de los significados del vocablo, una idea que propuse en mi artículo "Una hipótesis cognoscitiva sobre el orden de acepciones", ahora publicada en mi libro *De la definición lexicográfica* (El Colegio de México, 2004). Un orden que ofrezca un esquema de interpretación de la manera en que se relacionan unas acepciones con otras, que he llamado "esquema taxonómico", fomenta la comprensión del dinamismo de la significación, libera al lector de la rigidez nomenclaturista y elimina las marcas correspondientes de "significado figurado" y otras expresiones heredadas de la clasificación de los tropos.

La metáfora, sin embargo, corresponde a un proceso de significación que rebasa a la palabra. Si para los objetivos de la lexicología, las necesidades de la lexicografía e incluso para comprender los procesos denominativos

de las ciencias y las técnicas basta con reconocer sus efectos en la unidad aislada, como he tratado de demostrar con unos cuantos ejemplos, para entender a plenitud el ámbito significativo de la metáfora hay que considerar ahora lo que Ricoeur llama “el enunciado metafórico”.

Consideremos el siguiente verso del *Polifemo* de Luis de Góngora:
 “Era Acis un venablo de Cupido”

Es claro que la palabra *venablo* no tiene el mismo efecto denominativo en este contexto que los vocablos que habíamos tratado antes. *Venablo* no se precipita al léxico de la lengua dando lugar a un nuevo significado, que nos permita agregar al vocablo una acepción ‘capaz de enamorar’ o algo por el estilo¹⁷. Es todo el enunciado el que relaciona a Acis, un ser humano, con un venablo de Cupido; es decir, para entender su significación metafórica es necesario que comprendamos la expresión *venablo de Cupido* y que sepamos que, en la mitología clásica, Cupido dispara flechas o venablos para enamorar a alguien. Por lo tanto, el efecto metafórico de la palabra *venablo* no depende de ella misma en aislamiento, sino del enunciado metafórico, como insiste en señalar Ricoeur en su libro mencionado; y al revés de la limitación al significado de la palabra que caracteriza a la teoría de los tropos, cuya validez es plena pero restringida, la metáfora se produce en el enunciado, no en la mera denominación que caracteriza a la palabra. El centro de la predicación, es verdad, es la palabra *venablo*, pero si se limitara uno a atribuir el efecto exclusivamente a ella, tendría que suponer que la metáfora produjo instantáneamente un cambio de significado de la palabra, que también instantáneamente hubiéramos sido capaces de reconocer. En tal caso, tendría que poderse comprender de la misma manera un enunciado como “Era Acis una flecha”. Nuestra reacción sería preguntarnos en qué sentido se puede predicar de Acis, un ser humano, ser una flecha: ¿Porque hiera, porque es muy espigado, porque tiene punta, porque vuela, porque es veloz? La metáfora no depende, entonces, de la palabra por sí misma, sino del

¹⁷ Una idea que podría haberse dado en el marco del pensamiento estructuralista, en el cual ese significado podría tener carácter de *virtuema* que, de realizarse plenamente en el uso, se convertiría en un sema más de la matriz semémica del vocablo.

enunciado metafórico que, en el caso del venablo, nos recuerda al Cupido mitológico y nos propone concebir a Acis desde la perspectiva mitológica. El filósofo estadounidense Donald Davidson¹⁸ afirma, quizá demasiado provocativamente, que “las metáforas significan lo que significan las palabras, en su interpretación más literal, y nada más”. En efecto, *venablo* en el verso de Góngora significa ‘flecha’ y no da lugar a la aparición de un nuevo significado, pero lo cierto es que el poder significativo de este verso aumenta la atracción de Acis, para poderlo contraponer mejor con la monstruosidad de Polifemo: es un efecto de sentido y el sentido es lo que produce conocimiento, una conclusión que Davidson soslaya.

Desde el punto de vista del proceso cognoscitivo que da lugar a ambos tipos de metáfora: la denominativa que amplía los significados del vocablo, y la metáfora que se produce en el enunciado, el proceso es fundamentalmente el mismo. Tanto el poeta como el científico actúan de la misma manera, con la diferencia que corresponde a esas dos formas del conocimiento: la de una objetivación creadora de un fenómeno del mundo real, y la de una comunicación precisa y singular de una experiencia de la vida. En cambio, desde el punto de vista de su efecto sobre la lengua, la metáfora denominativa modifica el léxico y las relaciones entre vocablos que se puedan establecer en un contexto determinado, mientras que el efecto del enunciado metafórico siempre está ligado al instante de la significación, al habla y sólo raramente llega a afectar la lengua, es decir, el sistema. Para distinguir una y otra metáfora, Ricoeur entiende como *metáfora muerta* la que pasa al acervo social del léxico, y como *metáfora viva* la que no pierde su fuerza significativa singular en el discurso. El lingüista, el lexicólogo no tiene por qué sentir pesadumbre cuando la metáfora que le interesa es la muerta, la que se lexicaliza. Todo lo contrario, esa clase de metáfora permite apreciar mejor las propiedades de la palabra y, en consecuencia, las del sistema lingüístico, pues un sistema que sólo constara de un catálogo de nombres —la idea nomenclaturista— sería extremadamente rígido y pobre, más correspondiente a un código que a

¹⁸ En “Qué significan las metáforas” en *De la verdad y de la interpretación, Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*, Trad. Guido Filippi, Gedisa, Barcelona, 1990, p.246.

la lengua, más comparable con las señales marítimas o con las expresiones cifradas de la policía, que a una lengua capaz de significarlo todo (de ahí, a propósito, lo desafortunado de enseñar que una lengua es un código). A la vez, el reconocimiento de las características de la metáfora viva debe llevar a una mejor comprensión del discurso poético.

La metáfora denominativa hace expresable una experiencia nueva del mundo como fenómeno, que tiene la capacidad de manifestar un enigma, de inducir una pesquisa o una investigación que la verifique y la someta al razonamiento. No otro fue el valor de la metáfora *agujero negro* con que los astrónomos del siglo XX apreciaron la falta de radiación en ciertas regiones del universo. Una vez expresada esta metáfora, que no era un mero adorno del discurso astronómico, sino quizá la única descripción posible de los resultados del rastreo radiotelescópico del universo, la búsqueda de una explicación coherente con las teorías cosmológicas para ese fenómeno de la observación llevó a identificar el agujero negro con una aglomeración de materia tan densa y compacta que no puede emitir radiación alguna, y a modificar la teoría cosmológica para dar mejor cuenta de la manera de ser del universo. Gastón Bachelard, en su *La formación del espíritu científico* combate la utilización de metáforas de esta clase como verdaderos obstáculos para el conocimiento. Con un ejemplo de Réaumur, inventor del termómetro de alcohol, iniciador de la siderurgia y editor de las *Mémoires* de la Academia de Ciencias francesa durante el segundo cuarto del siglo XVIII, Bachelard demuestra cómo el uso de la metáfora de la *esponja* para concebir diversos fenómenos de absorción, de penetración de un líquido en otro y de atracción, lo que produjo fue una incapacidad para distinguir un fenómeno de otro, al confundir la mera expresión con una explicación. Por eso afirma que “el peligro de las metáforas inmediatas en la formación del espíritu científico es que ellas no son nunca imágenes pasajeras; ellas se dirigen a un pensamiento autónomo; tienden a completarse, a terminar en el reino de la imagen” (IV, p. 97). Es verdad, y tanto más cuanto el ejemplo proviene de una época en que la investigación científica todavía estaba desembarazándose del pensamiento mágico precientífico. Sin embargo fue precisamente la metáfora de la esponja la que llevó a verificar las afirmaciones de Réaumur y a buscar explicaciones objetivas, desligadas de la mera verbalización. El

uso de la lengua, que es el medio de comunicación más perfecto de que disponemos los seres humanos, produce e induce conocimiento, pero no basta por sí solo al pensamiento científico. La metáfora es un obstáculo para el conocimiento sólo cuando se sustituye la verificación y la duda por la verbalización y la doctrina.

El enunciado metafórico, por su parte, lo que nos permite es concebir de otra manera las experiencias de la vida, que les agrega valor y sentido. Consideremos la siguiente quinteta del poema “La suave patria” del poeta mexicano Ramón López Velarde:

“Tu barro suena a plata, y en tu puño
Su sonora miseria es alcancía;
Y por las madrugadas del terruño,
En calles como espejos, se vacía
El santo olor de la panadería”

(Aunque el poema hable de México, estoy seguro de que cualquier peruano sentirá la misma emoción que le propone López Velarde respecto a su propia patria).

La experiencia común del terruño, de la plata, del olor de la panadería se ve resignificada con sus metáforas y despierta nuevas experiencias en nosotros. Esas experiencias no son adornos: son conocimiento valorado.

BIBLIOGRAFÍA

- BACHELARD, Gastón. *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Trad. José Babini, Siglo XXI, México, 1979.
- DAVIDSON, Donald. "Qué significan las metáforas" en *De la verdad y de la interpretación, Fundamentales contribuciones a la filosofía del lenguaje*, Trad. Guido Filippi, Gedisa, Barcelona, 1990.
- DUMARSAIS. *Des tropes ou de différents sens, figure et vingt autres articles de l'Encyclopédie, suivi de l'Abregé des tropes de l'abbé Ducros, Presentation et notes de Françoise Douay-Soublin, Critiques*, Flammarion, 1988, París. (Art. IV, p.69)
- GADAMER, Hans Georg. "Semántica y hermenéutica" en *Verdad y método II*, Trad. Manuel Olasagástegui, Sígueme, Salamanca, 1994.
- HEGER, Klaus. *Teoría semántica II, Hacia una semántica moderna*, Trad. José Luis Rivarola, Alcalá, Madrid, 1971.
- ISIDORO DE SEVILLA. *Etimologías. Edición bilingüe, Texto latino, versión española y notas por José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, Introd. Manuel C. Díaz y Díaz, 3ª. ed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2000.*
- LAKOFF, George y Mark Johnson. *Metáforas de la vida cotidiana*, Trad. Carmen González Marín, Introd. J.A. Millán y S. Nartzky, Cátedra, Madrid, 1986.
- LARA, Luis Fernando. *Ensayos de teoría semántica. Lengua natural y lenguajes científicos*, El Colegio de México, México, 2001.
- _____. *De la definición lexicográfica*, El Colegio de México, México, 2004.

_____. *Curso de lexicología*, El Colegio de México, México, 2006.

MEL'CHUK, Igor (1982). *Towards a Language for Linguistics: a System of formal Notions for theoretical Morphology*, J. Bejamins, Amsterdam.

MONTAGUE, Richard (1974). *Formal Philosophy*, Yale University Press, New Haven/London.

POTTIER, Bernard. *Recherches sur l'analyse sémantique en linguistique et en traduction mécanique*, Publications linguistiques de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Nancy, 1963.

RICOEUR, Paul. *La métaphore vive*, Seuil, Paris, 1975.

ULDALL, Hans Jorgen (1957). *Outline of Glossematics. A Study in the Methodology of the Humanities with special reference to Linguistics*, Nordisk Sprog- og Kulturforlag, Copenhagen.

WIERZBICKA, Anna (1996). *Semantics. Primes and Universals*, Oxford University Press, Oxford.